

DOCUMENTOS

Señor director de EL TIPÓGRAFO, don Antonio Cursach.

Muy señor mío:

En vista de la situación anormal porque atraviesan los Bancos de la República, y para evitar falsas interpretaciones que pudieran surgir en lo venidero, me apersoné el día 23 del corriente en la casa habitación del señor tesorero de la Sociedad Tipográfica Montevideana, y en su compañía procedí al recuento y clasificación del dinero existente en caja; lo cual nos dió el resultado siguiente:

En oro	\$ 485.58
Papel: Banco Inglés y Río de la Plata »	20.00
» » Londres »	40.00
» » Italo Oriental. »	20.00
» » Nacional »	42.20
Total	<u>\$ 607.78</u>

Y esperando la publicación de la presente, me suscribo del señor director, su más atento seguro servidor

JUAN DANUNZIO,
Presidente.

Montevideo, Julio 25 de 1891.

Señor presidente de la Sociedad Tipográfica Montevideana, D. Juan Danunzio.

Señor presidente:

Los que suscriben, miembros de la comisión de extinción de recibos, tienen el gusto de participar á usted que, en esta fecha, han procedido al recuento de los recibos impagos correspondientes al anterior período administrativo, habiendo encontrado una existencia de setecientos noventa y cinco (795) que con cincuenta y tres (53) cobrados por el señor tesorero, dan el total de ochocientos cuarenta y ocho (848) que resultaron « á cobrar » al final del período de 1890 - 91. Seguidamente se procedió á su inutilización, extinguiéndolos por medio del fuego.

Habiendo cumplido nuestro cometido, nos es sumamente grato aprovechar esta oportunidad para saludar al señor presidente con toda consideración y estima.

Montevideo, Julio 26 de 1891.

Clemente Bermejo — Andrés Castro — José R. Basalo — Ramón Gesto — Felipe Esparza, tesorero — Antonio Cursach, secretario.

Montevideo, Julio 27 de 1891.

Señor presidente de la Sociedad Tipográfica Montevideana, D. Juan Danunzio.

Señor presidente:

Participámosle que los tipógrafos de *La Nación* pensamos declararnos en huelga, debido á la falta de puntualidad en el pago; y acogiéndonos á lo que marca el reglamento de la Sociedad que usted tan dignamente preside, pedimos á usted tome las medidas del caso con la urgencia que los hechos de esta naturaleza requieren.

Saludamos á usted atentamente.

Domingo Dornaleche — Víctor M. Fernández — Jesús Iglesias — Andrés Castro — José L. Bragana — José R. Basalo — José M. Galán — José Frago — Rogelio Coll — Francisco Portell — Juan Palleiro — Francisco Linares — Francisco Rodríguez — Manuel de la Fuente — Nicolás Rodríguez — Emilio P. Castro — Enrique de la Iglesia — Juan J. Iglesias — José L. Fernández.

ACTA

En Montevideo, á veintisiete de Julio de mil ochocientos noventa y uno, siendo las 8 p. m., reunidos los tipógrafos que suscriben, operarios del taller del diario *La Nación*, bajo la presidencia del secretario de la Sociedad Tipográfica Montevideana, don Antonio Cursach, y actuando como secretario don Felipe Esparza, — dióse primeramente lectura á la comunicación pasada á la presidencia, participándole que piensan declararse en huelga por falta de puntualidad en el pago, acogiéndose á lo que marca el reglamento y pidiendo se tomen las medidas del caso con la urgencia que los hechos de esta naturaleza requieren. Seguidamente dióse lectura de los artículos comprendidos en el título III que trata de las huelgas; y habiendo ratificado todos su firma y prometido cumplir fielmente lo que la Sociedad les ordenare, se convino en que, antes de declararse la huelga, una comisión nombrada por la Mesa se apersonase al señor administrador de *La Nación* al objeto de procurar el arreglo por medio de transacciones amistosas; habiéndose, al efecto, constituido en la citada administración el presidente y secretario accidentales que suscriben, en unión del señor presidente de la Sociedad, don Juan Danunzio; — y no habiéndose obtenido contestación definitiva, se acordó que se procediera á efectuar la huelga y que al día siguiente se adoptarían las medidas que solicitan los firmantes; — levantándose la presente acta y dándose por terminada la sesión á las 9 p. m.

ANTONIO CURSACH, presidente accidental — (Siguen las firmas de los huelguistas) — Felipe Esparza, secretario ad-hoc.

Señor presidente de la Sociedad Tipográfica Montevideana, D. Juan Danunzio.

Señor presidente:

Los abajo firmados nos hacemos un deber en comunicarle que están ya subsanadas las causas que dieron mérito á la actitud que hemos asumido últimamente en *La Nación*, con motivo de la falta de puntualidad en el pago.

Al mismo tiempo, aprovechamos esta oportunidad para agradecer, por su intermedio, al directorio que usted tan dignamente preside, las gestiones que ha hecho en pro de nuestra justa causa, demostrando así, que una de sus más grandes aspiraciones es la de proseguir en la práctica á que sea un hecho real y verdadero el bien entendido mejoramiento del gremio tipográfico montevideano.

Saludamos al señor presidente y demás miembros del directorio con nuestra mayor consideración y respeto.

(Siguen las firmas).

Montevideo, Agosto 3 de 1891.

QUÉ OCURRENCIA, SEÑOR S.!

(COLABORACIÓN)

No faltan quienes crean baladí la propaganda en pro del aumento de derechos aduaneros á los trabajos tipográficos ó litográficos venidos del extranjero, y hasta hubo un señor S. que desde Buenos Aires escribió para el número anterior de EL TIPÓGRAFO, diciendo: « No estoy, empero, en un todo de acuerdo con lo que piensan ustedes realizar respecto á pedir á las Cámaras protección á la industria por medio de derechos

jefe político, diputado, senador, periodista y ministro, fué tipógrafo hasta los treinta años. La antigua imprenta Oriental, perteneciente á su tío, don Domingo Fernández, militar de alta graduación y tipógrafo, y la de *El Telégrafo Marítimo*, le contaron entre sus mejores obreros. En esta última alcanzó en 1868 á ser cronista del diario del mismo nombre, que es hoy el decano de los órganos de publicidad, no sólo aquí sino en todo el Río de la Plata, fundado por el inolvidable diarista don Juan Buena, que dejó su nombre honrosamente vinculado al país.

El dictador y algún tiempo después presidente de la República, coronel don Lorenzo Latorre, fué repartidor del diario *La República* y tipógrafo del mismo, trabajando poco tiempo en esta profesión, hasta fines de 1863, en que abandonó el componedor para irse con el ejército revolucionario del general don Venancio Flores.

El hecho de intercalar en esta nómina la personalidad del coronel don Lorenzo Latorre, no implica la creencia de que haya sido un buen gobernante, pues al contrario, su gobierno será siempre de desagradable recordación para la patria. Hacemos esta salvedad para evitar comentarios.

El doctor don José M. Perelló, fallecido prematuramente en 1883 en esta ciudad, compartía con los trabajos tipográficos los de estudiante universitario, y sólo pocos años antes de recibirse de doctor en jurisprudencia abandonó el componedor de una manera definitiva, no por cierto sin gran sentimiento, como siempre lo repetía aquel espíritu noble y bien templado, destinado á figurar en primera línea, pues más que una esperanza era ya una completa realidad cuando la muerte le sorprendió. Estaba dotado de una inteligencia clarísima y de dotes oratorias sorprendentes. Había estudiado con ahinco, con notable provecho; había llegado á jurisconsulto de indisputable valía. Era generalmente apreciado por su ingénita bondad.

Los coroneles Ernesto Villard, Casariego, Emilio Reynaud y Patiño, fueron también tipógrafos hasta los veinticinco años de edad, lo mismo que los distinguidos ciudadanos Dermidio, Alcides é Isidoro de María, hijo.

Otros de los hombres que se han distinguido entre los tipógrafos por su inteligencia, contracción y amor al arte han sido, de los que por el momento recordamos: Reynaud Reynaud, René Saint-Lannes, Adolfo Arteaga, padre del escribano de dicho nombre; Juan Dornaleche, Celestino Avilés, Luis Reyes, Aureliano y Andrés Otermin, Juan Bonifaz y Gómez, Ceferino Silva, periodista justamente apreciado y hombre estudioso; Manuel Gómez, Luis Roux, Cirilo Saravia, Rafael Sánchez, Juan Hiriart, Antonio Ceballos, Laporta, los hermanos Goodaall, Santiago Zino, Francisco Linás, los hermanos Marín, los Silveira, los Sobredo, Pedro Sagra, Agustín de la C. Carduz,

Mario Molina, los Acuña, los Machado, Ramón y Andrés Lapido, los Alonso, Federico Leduc, fallecido en estos últimos días; Gregorio Mariño, Santiago Ponti, Vidal, los Baldizzoni, Santiago Pesce, los De León, los Arroyo, Norberto Etcheverry, Gerardo Taborda, Juan B. Alonso, Pedro Zuchelli, Antonio Olivera, Rafael Bordas, Tomás Rovira, los Uranga, Lucas y José Díaz, Córdoba, Joaquín de Vedia, Domingo Dornaleche, Aldecoa, Rivera, Francisco Fernández, Luis Baldriz, Gabriel Parpal, Enrique Terrada, los Aragón, Paz, Danunzio, Láutaro B. Guerra, Alfonso Lagomarsino, los Marella, los hermanos López Villar; Eladio Méndez, M. Del Puerto, Gámbaro, Juan Palleiro, Valentín Bandín, Marcos Martínez, Félix García, Juan Carballo, Juan J. Iglesias, Martín Fernández, Vaillant, Francisco López, Sabino Chesío, Rafael Aparicio Arnais, Enrique Haurie, Joaquín Blanquet, etc., etc.

Entiéndase que sólo nos referimos á los orientales y á los que recordamos en el momento de borrar este artículo. No queremos ni debemos ser injustos con nadie, así que este trabajo lo completaremos en oportunidad, agregando entonces los nombres que faltan, en todo cuanto nos sea posible obtenerlos.

De los tipógrafos extranjeros vinculados al país, á sus colegas los orientales, hay más de un centenar, cuyos nombres trataremos también de recoger para publicarlos.

Estos últimos son los que nos han enseñado á trabajar, y es á ellos por consiguiente á quienes debemos, en primer término, todo cuanto hemos adelantado en el arte tan gráfico y tan hermoso de Gutenberg.

Actualmente tenemos en el cuerpo legislativo al señor don Antonio Bacchini, periodista, orador, hombre de letras, persona ventajosamente conocida y apreciada en ambas márgenes del Plata. El señor Bacchini abandonó el arte tipográfico de una manera definitiva en 1879, pero conserva cariño á los hombres de su antiguo gremio y ha de hacer por ellos, no lo dudamos, desde que conocemos la alteza de sus sentimientos, cuanto le sea posible.

Forma parte de nuestro gremio, aunque también hace muchos años que no trabaja personalmente en el arte, sin que por esto lo haya descuidado nunca, pues ha sido uno de los que más ha contribuido á su adelanto en el país, en su calidad de propietario ó director de imprenta, el señor Constantino Becchi, poeta y periodista de distinción, cuyas producciones le han dado un puesto de primera fila en este país, siendo conocido y apreciado fuera de él, donde sus composiciones son siempre reproducidas.

El señor Becchi merece capítulo aparte, como acostumbra á decirse cuando se quiere significar el mérito del hombre. Se ha formado sólo. Es hijo de sus obras y éstas tienen especialísimo valer.

Luchando con toda clase de dificultades

y estudiando á la vez con ahinco, ha sabido vencer noblemente á aquéllas. Sabemos que con este elogio mortificamos su excesiva modestia, pero apesar de todo debemos hacerlo. No tiene fortuna Becchi, aunque merece tenerla, como todo hombre de talento y virtuoso; en cambio, goza del aprecio justificado de las personas que figuran en el país, por las condiciones morales que le distinguen. Ha hecho mucho desde muy joven por la Sociedad Tipográfica Montevideana.

Fué uno de sus iniciadores y de los que más trabajaron por dar forma práctica al pensamiento. Ha formado parte de varios directorios, desde el primero, y continúa empeñado en el renacimiento de la obra de 1870. Puede contarse siempre con su curso.

Por la nómina que sólo á la ligera dejamos expuesta, se verá cuan apreciable ha sido siempre en la República Oriental la representación del arte tipográfico. Jóvenes de las familias más distinguidas le han rendido homenaje durante largo tiempo, porque le consideraban una profesión honrosa, no para enriquecerse, es cierto, pero sí para tener el placer de poseerla, pudiendo enorgullecerse de no haber perdido su tiempo en tareas de orden tan dignificante.

El teniente general don Bartolomé Mitre, en la República Argentina, cuando ha tenido necesidad de declarar su profesión en público, lo ha hecho con la de tipógrafo. Estos y otros muchos antecedentes que no agregamos ahora para que este artículo no vaya á resultar demasiado extenso, vienen á comprobar de la manera más acabada nuestros asertos.

Por lo demás, la Tipográfica Montevideana ha tenido una larga época de auge, durante la cual no sólo contó en su filas numerosos asociados, hasta cerca de trescientos, sino que tuvo también en sus respectivas arcas varios miles de pesos; fundó una biblioteca y poseyó propiedades en las dos grandes necrópolis de esta capital. Cuando por abuso de confianza fué despojada de una considerable suma de dinero, era tal y tan grande la simpatía que gozaba en el seno de todas las clases sociales, que no tardaron en organizarse fiestas teatrales que produjeron mayor cantidad de la que había sido sustraída, aparte de las dádivas personales. En aquella época se asociaron para no percibir beneficio alguno sino para ayudar, los doctores Alejandro Magariños Cervantes, José P. Ramírez, don Pedro Bustamante, señores Daniel Muñoz, Jacinto Albistur, Washington P. Bermúdez, Miguel y Cayetano Álvarez, Sanquirico, Emilio Lecoq y otros muchos de notoria espectacularidad. El concurso fué espontáneo, lo que le hace noblemente meritorio.

¿Porqué, si en la época á que nos referimos, cuatro lustros atrás cuando en Montevideo no había más que veinte estableci-

mientos tipográficos se conseguía tanto progreso, hoy que se tienen sesenta imprentas ó más, entre grandes y pequeñas, no ha de poderse llegar á una suerte mejor para el obrero, á reglamentar las horas del trabajo, á que los muchachos no continúen constituyendo una horrible calamidad en la forma de ejército invasor en que están para su propia desgracia, desde que conforme van llegando á hombres son á su vez reemplazados?

Es porque ha pasado el gremio tipográfico durante algunos años en la inercia más lamentable, y gracias todavía que le haya podido salvar del derrumbe ese valiente núcleo que conserva los elementos fundamentales que constituyen la Tipográfica Montevideana, de cuyo núcleo, para honor de todos, renace ahora EL TIPÓGRAFO con la más plausible de las iniciativas.

Secundemos, pues, esas mismas iniciativas, y el resultado no tardará en coronar el mejor de los éxitos. Entre tanto, hagamos propaganda activa, enérgica en la prensa, en los talleres y en los círculos de amigos, en el sentido de formar la unión que da la fuerza, sosteniendo la divisa de: « uno para todos y todos para uno ».

MANUEL LÓPEZ.

(Continuará).

« El Nacional »

Dirigiendo ese órgano de la colectividad nacionalista, se incorporó el 18 del corriente á la prensa nacional, el laureado escritor Eduardo Acevedo y Díaz.

Los afanosos anhelos de la distinguida juventud que le quería ver en el seno de la desventurada patria, en un puesto digno, se han visto realizados, y juzgamos que puede esperar mucho de Acevedo y Díaz, principalmente que se mantendrá incólume en su cargo de honor, haciendo conocer la raíz de esos males que agobian el organismo político, señalando el remedio á tanta depravación: la organización de los partidos tradicionales y la lucha pacífica por medio del derecho legal; exhortando á aquellos vilipendiadores de conciencias á que, si aún les resta un átomo de patriotismo, lo empleen en pro del suelo que calma y apaga la ambiciosa é insaciable sed que, hoy por hoy, les caracteriza, ni más ni menos que como á los vampiros...

Puede esperarse con confianza que la brillante y acerada pluma del Director de *El Nacional* no desmayará en la demanda, en la nobilísima misión emprendida; puede esperarse, sí, pues no está en el Poder... y las alturas de la prensa no marean ni corrompen como la atmósfera atrofiada que se respira donde se halla la silla presidencial.

¡ Cuántos, allí, á cambio de mostrarse ateos á la virtud y á cambio de oro, han perdido la vergüenza y el honor!... Hay

que desinfectar aquella mansión, desinfectarla á todo trance!...

Por desgracia no conocemos personalmente al periodista que nos ocupa; desconocemos su carácter; pero no ignoramos que existe la bondad en su corazón.

Esto basta, basta y sobra: así el obrero tipógrafo contará con un brazo más en su apoyo, en su defensa y en su protección.

Nosotros creemos que una persona del talento de Acevedo y Díaz, ciudadano honesto, posee el desprecio profundo y la censura justa para los descarriados que forman una secta digna de denominarse « la quinta esencia de la indignidad », y por lo tanto quedamos convencidos que si viera en una imprenta á algún explotador de la salud y el trabajo del tipógrafo, no titubearía, pudiendo, en influir para que la justicia prosiga su curso inflexible, brillando como astro de primera magnitud, en un cielo impóluto, para dejar en pos su estela luminosa...

Innumerables agradecimientos recibiría si, de *temps en temps*, dejase vagar *por casa* una mirada escudriñadora.

Saludamos al nuevo adalid, al campeón de la libertad, — y larga á la par que próspera existencia lleve *El Nacional* dentro de los estrechos límites de la batahola política y el cisco gubernamental.

C. BERLÍN.

Montevideo, Julio 23 de 1895.

El horario de « El Siglo »

TURNO DE NOCHE

Vamos á ocuparnos de un asunto que si bien es cierto redundará, si se consigue, en beneficio inmediato para los operarios que actualmente trabajan y pertenecen al turno de la noche de *El Siglo*, mañana lo será para los que sucesivamente les llegue el turno, á su vez, de tener que empuñar el compenedor en dicho establecimiento.

Permítansenos, antes de empezar á tratar lo que motiva este mal trazado artículo, que retrocedamos, siquiera como un recuerdo, á los tiempos en que precisamente trabajábamos como suplentes en esa imprenta y que eran en aquellos célebres días en que nuestras Cámaras se ocupaban de elegir al ciudadano que había de regir los destinos de este país y que dió por resultado al actual gobierno de « Administración y Trabajo »! (sic).

En ese entonces, el actual turno de la noche entraba á trabajar á las 12 m. hasta las 3 p. m., y volvía nuevamente á emprender sus tareas á las 7 de la noche; se salía á las 4 de la mañana y algunas veces á las 5: era la hora oficial. Aquello era insoportable, irresistible.

Los pobres cajistas estaban extenuados por el cansancio; no hacían más que la-

mentarse y renegar de su desgraciada suerte. Más de una vez tuvo ocasión el señor administrador, cuando entraba al taller por asuntos relacionados en el diario, de oír los clamores y protestas de los tipógrafos, que ya imposibilitados de trabajar de ese modo, hablaban hasta de abandonar sus tareas.

Puede decirse que debido á esas continuas quejas de los operarios, fué el mismo señor administrador quien encargó al señor regente que arreglara las cosas de manera que cesaran de una vez los justos clamores de los cajistas.

El señor regente organizó, por medio de una combinación de personales y con una rebaja de cinco pesos en los sueldos de los antiguos operarios, el mal llamado turno de la noche, puesto que desde entonces comenzó á regir el horario de las 6 de la tarde.

Y ¿ por qué no á las 7 de la noche, señor regente? ¿ Había algún inconveniente para ello? ¿ Traía aparejado algún perjuicio á la casa este último horario?... Nosotros decimos que no, y se lo vamos á probar con hechos prácticos.

¿ Los días de *Revista* no entra ese mismo personal á las 7 de la noche? ¿ No ha habido veces que por causas de haber concluido tarde la *Revista Comercial*, han empezado los operarios á trabajar á las 7 1/2? Sí, señor! y sin embargo, el diario no ha sufrido nada por ello; se han hecho las mismas columnas que de costumbre y ha entrado en máquina á la hora que cuando se comienza á las 6 de la tarde.

¿ Luego, pues, ¿ por qué ese empecinamiento de parte del señor regente en mantener ese horario de las 6, á todas luces y de todas maneras inconveniente para el operario?... ¿ En qué se funda?...

¿ Quiere el señor regente que aduzcamos más razones en pro de nuestro argumento? Pues allá van.

En *La Razón*, que fué el primer diario que entre nosotros implantó los dos turnos para la confección de sus dos ediciones, el personal que corresponde á la de la noche, desde un principio entró á las 7 y hace ya bastante tiempo que lo hace á las 7 1/2.

Ultimamente se fundó *La Prensa*, y si bien es cierto que al principio adoptó la misma hora que *El Siglo*, el señor regente de ese diario, comprendiendo lo inconveniente que era ese horario, reaccionó, y por iniciativa propia, desde hace dos meses, el personal comienza á trabajar á las 7 de la noche.

Todos los diarios de la vecina capital, ó al menos los de relativa importancia, han adoptado para los respectivos personales que trabajan de noche, el horario de las 7 p. m.

Luego, pues, y sin temor de que se nos tache de exagerados, las 7 de la noche es la hora universal para los diarios de la mañana de ambas repúblicas.

Sólo *El Siglo*, el primer diario de esta

República, es la excepción en este caso de la regla.

Concluiremos confiando en que el señor regente (que no es aragonés) para no cejar en su porfía, cederá por fin, previo acuerdo con el señor administrador, á este justo pedido y que para el próximo número no tendremos necesidad de insistir sobre lo mismo, sino que por el contrario, nos veremos obligados á felicitarlo por haber accedido á ello, haciendo extensiva esa misma felicitación al turno de la noche, que para entonces ya habrá logrado esa *horita* que con tanto afán ha perseguido.

Chi vive verrá.

TIPÓMETRO.

El compadrazgo en las imprentas

Montevideo, Julio 25 de 1895.

Señor director de EL TIPOGRAFO.

Me ha dado la manía de escribir, y es tanto lo que ha trabajado esta idea en mi cerebro, que no he podido sustraerme al deseo de sentarme á la mesa y cojer la pluma; pero... ¡con cuántas dificultades luché!... me tomo la cabeza entre las dos manos y pienso, pienso, sin encontrar una palabra adecuada para empezar á desarrollar el tema que acaricia mi mente. Aburrido, me levanto y me paseo con paso nervioso por mi aposento, hasta que, á fuerza de andar y zapatear, despierto á mi vecino de al lado, que, furioso, me impone silencio; yo, comprendiendo que la razón le sobra, vuelvo á sentarme, y después de masticarme medio bigote, empuño de nuevo la pluma y la dejo correr lenta y temblorosamente sobre el papel, la que, á su antojo, va colocando palabra tras palabra, hasta formar este... ¿cómo le llamaré?... *mejunje* de frases que, — aunque mal coordinadas, las guía la más buena intención, — las que le envío para que si el señor director, después de leerlas, cree que pueden publicarse en EL TIPOGRAFO, así lo haga.

Por mi parte, pido á los lectores de EL TIPOGRAFO que se revistan de bastante paciencia y sean un poco indulgentes con este nuevo *escribidor*.

Al agradecerle de antemano al señor director, me es grato saludarle con la consideración y estima á que es acreedor, deseándole que halle constante y sincero apoyo por parte de todos nuestros compañeros, para llegar cuanto antes á realizar los bellos y honrosos ideales que persigue el periódico que tan hábilmente dirige.

N. N.

¡Qué efecto más desastroso nos produce el degradante aspecto que se presenta á nuestra vista cuando visitamos ciertos talleres tipográficos! ¡Qué decepción y que vergüenza nos invade cuando contemplamos el bajo nivel moral en que se halla colocado nuestro arte, por desidia y por el poco respeto que hacia él demuestran profesar algunos señores regentes y encargados de imprentas!

Por doquiera que lanzamos nuestra mirada, hallamos algo que afecta y entristece nuestra alma!... Aquí, un *taita*, con su pañuelito de *golilla* al pescuezo y una *regleta*, cuya extravagante punta podrá muy bien servirle para usarla en la boca del fusil, en la forma de bayoneta, cuando se forme la

Guardia Nacional; al lado de éste, otro con su chambergó blanco echado sobre los ojos, pretextando que la luz le daña la vista; frente por frente á éstos, se ven otros, con aire de *matones*, ocultando debajo del chaleco enormes *dagas*, que más de una vez salieron á relucir para no dejarse *agarrar pa la butifarra* — como ellos dicen — ó en defensa del honor de alguna *damisela* de los barrios bajos; más allá, hay otros disputándose por una nimiedad cualquiera, llegando hasta á amenazarse con propinarse unos *batatazos*, lo que llevan á cabo las más de las veces, porque como *las mandan*, quieren *aguantar la parada*!...

¿Qué juicio puede formarse de la cultura tipográfica la persona que visite un taller ocupado por esta clase de gente? ¿Qué impresión puede causarle al que oiga los improperios y las frases intemperantes que profieren, sin importárseles un bledo de que escuche quien escuche? Y si por desgracia dictan un «alcance»... ¡qué hermoso conjunto de sandeces dicen! — porque es bien sabido que, la mayoría de ellos, apenas saben deletrear, ingresan en nuestros talleres para destruirlos sin piedad, cuando su sitio está en el colegio, donde debieran permanecer hasta saber leer correctamente y adquirir un poco de educación y buen criterio, con lo que estarían habilitados para entrar en el sagrado recinto que enaltece y dignifica á los hombres: la imprenta!

En apoyo de lo que acabo de decir, voy á citar algunos *macanazos* que hace algún tiempo he visto y que aunque bien no los recuerdo, son más ó menos así:

Una vez, en un diario de la mañana, por poner en la sección «Telegramas» nada menos que un título al medio: «Entre periodistas suecos y noruegos», el *inteligente* cajista tuvo la osadía de poner: «Entre periodistas suecos y borregos». Como se comprende, tal barbaridad no pudo pasar desapercibida al corrector, pues si hubiera salido á luz y existiera en Montevideo algún periodista sueco, es indudable que habría mandado inmediatamente sus padrinos al señor director del diario.

Otra vez, en la sección comercial, á otro digno émulo de Gutenberg se le antojó sustituir las palabras «Trigos argentinos» por «Tigres argentinos», también título al medio. Francamente, el encargado debió quitarle el componedor de la mano y darle una escoba para barrer el taller, cuyo empleo desempeñaría mucho mejor.

Poco tiempo después, en un artículo, al mismo sujeto de los «Tigres», donde decía: «nos gusta ver eso», le pareció más elocuente decir: «nos gusta buñuelo», y gracias todavía que no le encajó *miñuelo*!...

Para hacer *pendant* á este cuadro demostrativo de los adelantos alcanzados por el gremio, he aquí este horrible atentado contra el sentido común: Al finalizar un párrafo de un brillante discurso, sin duda embebido en lo que leía, uno de estos grandes criminales abusó de la firma «González hermanos», para colocarla en vez de «Grandes aplausos».

Y dígame después que no progresamos!... Ahora bien, ¿no podría remediarse todo esto que nos presenta como una de las clases sociales más atrasadas?

Podría remediarse, sí, muy fácilmente, cortando el mal de raíz y sin consideraciones de ninguna especie; sólo se necesitaría un poco de energía y buena voluntad por parte de los señores regentes, algunos de ellos muy apreciables por cierto. Es bien poco el incomodo, y menos lo es aun si se

tiene en cuenta que este incomodo redundaría, en primer término, en beneficio de ellos mismos, pues recibirían las felicitaciones de sus superiores, que se mostrarían satisfechos al ver que tienen en su casa gente decente y con la suficiente educación para saber, en cualquier circunstancia, darse el lugar que le corresponde, al mismo tiempo que se granjearían el aprecio de todos sus buenos compañeros de arte.

Al hacerse cargo de un aprendiz, — aun mismo siendo recomendado por un íntimo amigo, — debe exigírsele primero que sepa leer y escribir correctamente y enseguida cerciorarse minuciosamente de si sus hábitos y modo de vivir le permiten formar en las filas de los que — como he leído en un artículo, de cuyo autor no recuerdo el nombre — son los soldados que ganan las batallas del siglo XIX!

Si esta medida se adopta, no tardaremos en palpar sus buenos resultados, y no reinará en las imprentas el repugnante compadrazgo que hoy apena á los hombres de sana conciencia, que sólo anhelan hacer del tipógrafo un hombre útil y no un facineroso cualquiera, al cual todo, completamente todo, le está vedado, y rodeado del desprecio general.

N. N.

CRÓNICA

Felicitación — He aquí la que ha recibido el señor don Manuel López del venerable anciano don Isidoro De-María, propósito del artículo «Dignos representantes del gremio tipográfico» y que publicamos en otro lugar:

«Mi querido amigo: Hace días que deseaba escribirle pero imposibilitado de la mano derecha no he podido hacerlo.

He leído con gusto sus trabajos en *Montevideo Musical*, y pensaba mandar algunos apuntes sobre tipógrafos, pero no he podido borrar nada como deseaba. Lo felicito por sus trabajos. Le agradezco sus recuerdos, por mí y mis hijos y le deseo felicidades. — Siempre su afectísimo amigo que lo quiere. — *Isidoro De-María*. — Julio 25 de 1895.»

José M. Rosette — A la avanzada edad de 86 años, dejó de existir este respetable señor, fundador y propietario del diario *El Ferro-Carril*, que existió ha varios años. El señor Rosette fué tipógrafo también, y por ello nos impresiona sensiblemente su fallecimiento.

Noticias tipográficas — La *Union Française* y la *Guía G. del Plata*, que veían la luz por la imprenta Latina, han pasado al nuevo establecimiento tipográfico del señor Bandín, sito en la calle Andes, quedando sin trabajo, con este motivo, algunos compañeros, entre ellos nuestro querido amigo y consocio Cirilo Saravia, regente del diario francés, desde hace muchos años.

— *L'Italia* á secas y... á *clavos* para los tipógrafos, ha dejado de aparecer, por haber sido lacrado judicialmente el magnífico establecimiento que poseía. Pero... seguidamente — oh coincidencia! — apareció otra *Italia*... *al Plata*, por la imprenta de *La España... Moderna*. — Seguramente que era lo que le faltaba á *L'Italia*... la plata.

— El antiguo establecimiento tipográfico que fué de *La España*, y que desde mucho tiempo permanecía en depósito, se está montando nuevamente, para publicar por él, según se dice, un diario italiano redactado por el señor Odicini.